

guente un empleado diverso del de la víspera, vino á conducirme al cuarto del rey. Al subir me cogió la mano, y me la estrechó de un modo muy expresivo. Temía sin embargo alguna asechanza, y le miraba con estrañeza. Pero él, asegurád á sus magestades, me dijo, que aun hay corazones que los acompañan en su quebranto, y que, añadió muy quedo, no se contentan solo con deseos.—No tuvo lugar para proseguir, porqué entrábamos ya en el cuarto del rey.

Mostróseme placentero, y estando solo con Clery, se aprovechó de la ausencia de la reina, para entregarme la acta de abdicacion que Manuel le había pedido. Ya ve Vd., me dijo aquel monarca desdichado, los sacrificios que hago por la tranquilidad pública, pues no echaré ménos la corona, si la nacion es feliz. No hay sin embargo que hacer uso de este documento, que so-

lo me atrevería á confiar á Vd. ó al señor de Maleshérbes, sinó con mucho miramiento. Son muchos los ambiciosos disfrazados de patriotas: distinga Vd. de colores, y sirva igualmente á la patria y al rey. —

Aunque esta acta no llegó á tener cabida, á lo ménos con las condiciones que la afianzaban, la he conservado cuidadosamente, como un documento histórico, y como un monumento del anhelo de Luis por el bien de todos. Es como sigue.

ABDICACION DE LUIS XVI.

Documentos justificativos, núm. 3.)

« Luis XVI de este nombre, rey de Francia, á los pueblos de este reino, á los reyes de Europa y á la posteridad DECLARA: Que deseoso de afianzar de un modo sólido y duradero la tranqui-

lidad general, turbada mucho tiempo hace por las facciones, y de quitar á todos los partidos el pretesto de reclamar su persona y de perseguirla; por esta acta, formada por su propio y libre albedrío, hace renuncia de sus derechos hereditarios ó adquiridos á la corona de Francia y á sus prerogativas, bajo las condiciones espresas:

1^a De que un consejo de regencia, nombrado por él y aprobado por la asamblea nacional, ejercerá la administracion del supremo poder ejecutivo, hasta la mayoría legal de *Luis Carlos* su hijo, príncipe real. 2^a De que se atenderá y proveerá de un modo honroso á su suerte personal, á la de la reina su esposa, de *Maria Teresa* su hija, de *madama Isabel* su hermana, y de las demas personas de su familia. 3^a Y de que se consultará con el consejo de regencia acerca de las principales providencias administrativas has-

ta la paz, para cuyo logro ofrece interponer los mas eficaces oficios con las potencias beligerantes. DECLARA tambien la presente acta de ABDICACION nula y de ningun valor, si estas cláusulas y condiciones no se cumplen en toda su estension.

Fecho en Paris, á 8 de setiembre de 1792.

LUIS. »

Al acabar la lectura, entró la reina acompañada del príncipe Carlos y de las princesas. Despues de los agasajos acostumbrados sirvieron el desayuno, el cual tomé con sus magestades, por condescender á sus instancias. Clery me pareció que los servía con mucho esmero, y dos comisarios municipales (de los cuales el uno era el que me había hablado al subir la escalera) estuvieron presentes. Luego que estos se retiraron, Antonieta volvió á la con-

versacion de la víspera, y comunicó al rey sus ideas y esperanzas en estos términos.

Acabáis de ver en el mas jóven de estos comisarios, una de las personas con quienes podemos contar con mas fundamento. Es al mismo tiempo el centro, el alma, el órgano y casi el autor de mi proyecto, ó á lo ménos él es el que me ha hecho resolver á ponerlo en ejecucion.

En uno de los últimos dias de agosto, sentada sin consuelo detras de la reja de mi cuarto, me entregaba á los pensamientos mas funestos y á las reflexiones mas mortales, quejosa interiormente contra la suerte, que me había hecho nacer junto á un trono y sentarme en otro, para acabar mis dias en la lobreguez de un calabozo. Al alzar al cielo mis ojos llorosos, me encontré con los del comisario que estaba de guardia, y que contra la práctica

de sus compañeros desatentos, estaba en pié, y lleno al parecer de dolor y de respeto. Pocas miradas he visto tan expresivas como las suyas; y como se retrataba en ellas por entero su alma ardiente y candorosa, no me hablaba; pero ¡qué elocuente era su silencio! Me atreví á interpretarlo, y alenté muda y enérgicamente su timidez. Os manifiesto sin rebozo estos pormenores que despues he ido recapacitando; y si doy crédito á las apariencias y á mis reflexiones, el afecto que escité en este hombre, no fué solo el de la compasion por mis desgracias. Está en aquella edad lozana en que todos los pensamientos se vuelven proyectos, todos los impulsos son vehementes, y en que la pasion da aun á la virtud su carácter acalorado. La vista de una reina en un calabozo debía producir la conmocion mas profunda en un alma grande, supuesto que cualquiera

muger llorosa enternece á un corazon sensible. Pero de estos dos afectos solo se ha manifestado el que corresponde al respeto; y la hija de María Teresa ha podido recibir servicios como rendimientos, y pruebas de pasion como deberes, sin tener que sonrojarse ni quedar obligada á ninguna correspondencia.

Toulan, pues este es su nombre, seguía mirándome con una veneracion mezclada de ternura. Luego se alteró su semblante, alzó al cielo los ojos con espresion de dolor, y volviéndolos hacia mí, vertió algunas lágrimas. Entónces por un impulso involuntario me incorporé en el asiento, y le alargué la mano. Él, sin mudar de sitio, dobló la rodilla, me señaló su corazon, y con un ademan me encargó el silencio. No bien acababa esta escena muda, vino su compañero á relevarle, y yo me entregué á meditar acerca de las ideas que se me habían escitado.

Aquella misma noche en la cena, Toulan se puso enfrente de mí, sin cesar de mirarme, pero de un modo tan indiferente, que fuera de mí nadie sin duda pudo notarlo. — Mamá, interrumpió el príncipe, yo lo eché de ver. — Y ¿no me lo dijiste, hijo mio? — Vos me habéis acostumbrado á ser llamado. — Toma la recompensa por lo pasado y el estímulo para lo venidero, dijo el rey abrazando á su hijo.

A los postres, continuó Antonieta, los ojos de Toulan se fueron volviendo como sobresaltados, y me pusieron alerta, observándolos con mas ahinco para atenerme á sus anuncios. Sirvieron un canastillo de melocotones, y vos, Luis, tomasteis el primero. Al ir á cortarlo vi á Toulan pálido, en ademan de desmayarse en una mesilla, y recoger sus fuerzas escasas, para hacerme una seña de desesperacion. Sin enterarme mas que á medias, evité el

peligro, pues chaceando sobre vuestro egoísmo en coger la mejor fruta, logré que me alargaseis la mitad. Cuando el pobre Toulán vió el hueso en mi plato, recobró el color y el aliento: se sonrió conmigo, cual si se mofase de sí mismo, y me dió á entender á las claras, que el hueso contenía algun misterio. Lo envolví con disimulo en un pañuelo, y lo metí en la faltriquera.

Encerrada luego en mi cuarto, lo abrí, y me hice cargo de que hubiera costado caro á Toulán, si otro lo hubiera hecho, pues encontré en él este billete escrito de letra en extremo menuda sobre un papel finísimo.

PRIMER BILLETE DE TOULAN

Á LA REINA.

(*Documentos justificativos, núm. 4.*)

NOTA. Este papel se ha encontrado en la cartera de la reina. Mas adelante veremos, que ella misma se lo entregó al abate de Fermont.

« SEÑORA :

Si V. M. se ha dignado reparar en mis miradas, habrá advertido que reuno á la mayor conmiseración por sus desdichas el deseo mas ardiente de terminarlas. Por ahora tengo medios para aliviarlas, y voy á esponerlos en pocas palabras.

La sangre que los usurpadores acaban de derramar, ha comprimido todos los corazones; pero luego se irán

ensanchando , pues del anhelo por la bonanza , que se echa ménos , resultarán los deseos de acabar con los autores de la tempestad.

Con tal pues que ni el rey ni V. M. traten de tomar venganza alguna , todos los ánimos quedan satisfechos , y todos los corazones son de vuestras magestades.

Este es el cimiento de mi proyecto , que tiene dos objetos : el primero , terminar vuestro cautiverio , y el otro , conseguir vuestra restauracion. El rey habrá luego de tomar á su cargo el conciliar la seguridad de su persona y de su Gobierno con la independencia de la nacion.

En cuanto á los medios , permitidme , señora , que los reserve para su debido tiempo ; y solo quisiera que V. M. se persuadiese de que son correspondientes á su objeto , y al mismo tiempo asequibles. Si me valgo de am-

bigüedades para esplicarme , es porque lo considero conducente para el éxito de la empresa , y para que V. M. quede convencida mas plenamente del sincero afecto que se le profesa.

Firmado : X. »

¡ Qué efervescencia ocasionó esta carta en mi imaginacion , naturalmente fogosa ! No sé cuál era entre mis ideas la que prevalecía , si la gratitud debida á Toulan , ó la delicia que me causaba el anuncio de mi triunfo y de nuestra libertad. Confieso que en medio de aquellas ilusiones placenteras de felicidad , mi corazon empezó á complacerse en la posibilidad de la venganza. Ya contaba en hacer pagar caros á nuestros sayones los tormentos con que nos acosan. Mas este encendimiento de encono duró poco , porque creyendo oír la voz lastimera de una amiga desventurada que imploraba la

misericordia de sus asesinos, cedi á estos acentos irresistibles; y poniendo en manos de la justicia el cargo de distinguir el delito de los yerros, no quiso que la venganza ensangrentase nuestra victoria. — Ay, hermana! exclamó madama Isabel poniéndose en pié y abrazando á la reina: cuán nobles y dignos de vos son esos impulsos! Jamas os habéis mostrado tan grande en el trono, en medio de una corte fastuosa é idólatra de vuestro embeleso, como me lo parecéis en esta triste morada. La beneficencia, hermana, es la que asemeja al hombre á la divinidad: los reyes se hacen su viva imágen, cuando á su ejemplo saben perdonar. — Bañóse en lágrimas de complacencia la amable Isabel; la jóven María Teresa abrazaba entre tanto á su madre, y Luis al contemplar este cuadro peregrino, hablando con Clery y conmigo, exclamó con suma candidez:

¿qué me han quitado, cuando me queda este tesoro?

Pasaron algunos dias sin que se presentase Toulan, continuó Antonieta; y cuando le cupo el turno, se sonrojó al verme; de modo que me hice cargo de que era forzoso alentarle con alguna familiaridad espresiva. Por tanto traté de hablarle; mas no sabiendo de qué, y no pudiendo preguntarle por su salud, pregunté por la de su esposa. El municipal que le acompañaba, lo estrañó, y él mismo con cierta turbacion me respondió, que no era casado; pero que si me había hecho conversacion de alguna muger de su aprecio, sería sin duda su prima que estaba enferma. Entré en la especie, y me dijo: que agradecida á mi cuidado, y encontrándose mejor, había podido desempeñar la comision que yo le había dado, y para la cual no era él muy á propósito. Este es el resultado, aña-

dió, sacando de la faltriquera una cajilla ovalada que abrió, y en la cual había tres pares de brocas con seda para bordar : y luego mostrándosela al compañero, creó, le dijo sonriéndose, que podemos sin zozobra entregársela á la reina, pues con estos hilos tan quebradizos no se sale de un laberinto. — El municipal, cantero de oficio, y que apenas entendía una palabra de la conversacion, tomó las brocas, arrolló la seda en sus dedos polvorosos, y me lo devolvió todo, despues de cerciorarse de que no era sospechoso.

No lo juzgué yo así, pues no habiendo hecho aquel encargo á Toulan, debía venir en él alguna otra carta; mas no pude satisfacer hasta la noche mi impaciencia y mi curiosidad. Fuí devanando las sedas, y como no asomó papel alguno, despechada con este desengaño, me fuí á la cama considerándome burlada por un hipócrita, y me

arrepentí de haberle dado oídos, y aun creo que lloré de indignacion.

Cavilosa y desvelada hice mil reflexiones, como sucede cuando se padece algun gran desasosiego. Por fin me paré en una idea, y revolviéndola con mucho ahinco, quise inmediatamente comprobarla.

Salto de la cama, y á la luz de una lamparilla, tomo las brocas, veo si son dobles; y despues de varias tentativas, observo que se desprenden, y encuentro en el intermedio un papelillo; pero no puedo leer en él sinó renglones cortados que no forman ningun sentido. Acudo á las otras, encuentro los correspondientes papelillos, y entre todos ellos reunidos pude trabajosamente leer estas palabras.

SEGUNDA CARTA DE TOULAN

Á LA REINA.

(Documentos justificativos, núm. 5.)

« VALOR, debe ser vuestra voz de guerra, como FIDELIDAD es mi divisa. Todo va mejor de lo que yo me podía prometer : diez y seis presidentes de secciones, y treinta y tres comandantes, y mas de cien oradores son nuestros. Esto es en Paris, sin hablar de las personas que dependen de aquellos, y pueden conmovér la turba en tres horas. Veinte y ocho diputados de nombradía, los mas de los que no la tienen, pero que votan; los gefes de diversos ministerios, diez á doce miembros de ayuntamiento; estos son los recursos con que en el dia se puede contar. Hay á la verdad obstáculos, pero tambien tenemos medios para

vencerlos. Una suscripcion abierta para el intento, se va completando por puntos : los depositarios cuentan ya millones, y lo mas estraño es que entre los suscriptores se hallan varios jacobinos. Bendito sea Dios ! por donde quiera hay hombres de bien. Si V. M. se digna honrarme con una contestacion, ó comunicarme sus órdenes, puede valerse del mismo conducto en que va encubierto este escrito.»

Fuí luego recortando un medio pliego en papelillos, sobre los cuales escribí.

BILLETE DE LA REINA

Á TOULAN.

(Documentos justificativos, núm. 6.)

« Á veces se espresa mal lo que se concibe muy bien. Estoy satisfecha de lo que se ha hecho, y apruebo cuanto está por hacer. Si se malogra el intento,

la recompensa se cifra en la honra de haberlo emprendido : si surte efecto, me reservo el placer de señalarla. A Dios.

La FIDELIDAD puede contar con el VALOR. »

El día siguiente entregué á Toulon las brocas sin seda, encargándole que me las devolviese llenas. Esto sucedió el día 5, y despues acá no ha vuelto á parecer.

Para comprender que esta trama, tan sencilla en la apariencia, era muy ardua para su emprendedor y muy interesante para mí, basta saber, que estaba pasando desde el 30 de agosto hasta el 4 de setiembre, esto es, en los días mas tempestuosos, y en los que todos los delitos nos estaban amenazando con toda especie de peligros.

Ahora pues, ¿qué partido se debe tomar? Esto es lo que decidirá un examen, aunque superficial, del estado de las cosas.

Es innegable que de las dos facciones principales que se han formado en Francia, la de la anarquía, que ha volcado el trono sobre rios de sangre, quiere perpetuar su imperio con el terror que la precede, y con el desfreno que la acompaña. No sé si su último pensamiento era entregarnos á un populacho asalariado; pero es indudable que nos ha condenado á vivir en la humillacion del cautiverio.

En cuanto al partido republicano, creeré desde luego que tenga hombres virtuosos y sensibles; pero no lo serán mucho para con una familia que ha reinado. Su opinion ha sido fundar un Gobierno libre sobre las ruinas del antiguo; su interes consiste en consolidarlo, y no creerán poderlo conseguir mejor que teniéndonos bajo su dependencia. Así, por una parte hay que temer una prision perpetua, y por otra un avasallamiento, quizá mas

vergonzoso que los grillos. Es verdad que una corta porcion, compuesta de varias sectas políticas, nos propone ahora un ajuste; pero ¿por dónde le pertenece este derecho? cuáles son sus poderes para obrar? en dónde está su resguardo para ejecutar? Qué es por otra parte este acomodo? una capitulacion indecorosa, de que seremos responsables á la Europa, á la posteridad y á nuestro hijo. Los cerrojos no aprisionan las almas, y no hay trabas que no rompa un denué dogallardo y generoso. ¿Por ventura no háy otro camino para evitar la desdicha, que el de la ignominia? Las inclinaciones se reúnen á nuestro favor, los brazos van á armarse, y si el delito tremola su bandera, la virtud alzará la suya y le declarará la guerra. Pero no: los caudillos del desenfreno carecen de fuerzas y de recursos. ¿Serán estadistas los que acuden para todo á los puñales?

Puesto que reinan por el terror, pronto quedarán asustados, porque en quitándoles la facilidad de asesinar, quedan yertos, pues el cetro que habla en nombre de las leyes, es más poderoso que el cuchillo afilado por el delito. —

A este razonamiento que la reina pronunciaba con ímpetu acalorado, el rey se mostraba conmovido; pero no acababa de decidirse. Antonieta entonces, tomando á su hijo en brazos, le presentó á Luis: ya no soy una reina, dijo, que os aconseja, sinó una madre que os suplica. ¿Dejaréis crecer y penar en la lobreguez de un calabozo este vástago precioso de un trono poco ha tan esclarecido? Si sacrificáis la corona al sosiego general, ¿tenéis derecho para desapropiaros de este niño? O hijo mio! ¿bajo qué estrella tan maligna has nacido, pues los verdugos de tu casa son tus mas crueles enemigos? Ved esas lágrimas, aña-

dió la reina arrojándose con su hijo á los piés del rey; ved esas lágrimas, y ved en ellas su ternura y vuestro deber. Si conserváis siempre para vuestro hijo un corazón paternal, ¿le podréis destinar á vivir como vasallo?... como vasallo?... Fruto desventurado de unos consortes proseritos, ¿qué sería de ti, si el acero de nuestros sayones, alzado siempre sobre nuestras cervices, nos separase para siempre de tu lado? Quizas ¡ay de mí! en poder de nuestros matadores, para alcanzar un pan escaso, tendrías que besar sus manos teñidas en nuestra sangre. Quizas el hijo de los emperadores y de los reyes espiraría en un cenagal inmundo. —

Esta perspectiva horrorosa que tanto han acreditado los sucesos, este cuadro lastimero delineado por una madre desconsolada, hizo derramar abundantes lágrimas. La tierna Isabel dejó

correr las suyas sin violentarse, y alzando al cielo sus miradas piadosas, le estaba implorando, para que no permitiese los males que la reina había descrito. Aquella augusta familia mezoló por un rato sus sollozos con las caricias, y Luis XVI convino en esperar el efecto de las promesas de Toulan, y en diferir su respuesta á las proposiciones de Manuel.

Mas para escitar al uno, y quitar al otro todo rezelo, quedé encargado de hablar con entrambos. Debía enterarme por puntos de sus proyectos, acciones y palabras, para que luego, si fuese dable, se aunasen en el empeño que habían tomado á su cargo. Este era esencialmente idéntico, y variando solo en los medios, se debía esperar que á costa de algun corto sacrificio por ambas partes, se verificaría su reunion. Con esto se conseguía no solo la ventaja de arrebatár al partido popular

algunos sugetos visibles con que se vanagloriaba, sinó tambien la de atraer para los ilustres presos la virtud que forma los caudillos, el talento que arrastra los secuaces, la reputacion que deslumbra á la muchedumbre, el dinero que la seduce, y la fuerza que la avasalla.

Sus magestades terminaron las instrucciones, dándome el rey una carta para la junta de la calle del Arbol seco, y la reina otra para Toulan. Había entregado yo á Clery los cucuruchos que lady Sutherland enviaba á la familia real, y madama Isabel quiso darle las gracias por un billete, que me entregó de su puño. Luis, las princesas y los niños me encargaron la vuelta con ahinco, y Antonieta con aquel gracejo que cautivaba los corazones, me dijo: Señor de Fermont, desde que habéis entrado en esta torre, hemos experimentado que la presencia de la virtud

es el consuelo mas halagüeño en la desgracia. — Madama Isabel y el rey se dignaron estrecharme la mano, y salí del Temple enternecido entrañablemente con tanta bondad, y animoso para corresponder á ella con mis servicios.